582

AMOR

Y AMOR PROPIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ DE FUENTES

Y

AURELIO ALCON

2

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTIA, NÚM. 12.

AMOR Y AMOR PROPIO.

Imprenta Central á cargo de V. Saiz, Colegiata, 6.

AMOR

Y AMOR PROPIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ DE FUENTES

Y

AURELIO ALCON

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTIA, NÚM. 12.

PERSONAJES.

—

CLARA.
ENRIQUE.
FERNANDO.

La escena en un pueblo de la Mancha.—Época actual.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/amoryamorpropioc1992fuen

AMOR Y AMOR PROPIO.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantemente amueblado.—Puertas al foro y laterales.—Sobre una mesa libros, periódicos y recado de escribir.—Piano.

ESCENA PRIMERA.

CLARA.—ENRIQUE.

(Los dos sentados.—Clara leyendo un periódico.)

CLARA. (Lee.) «Y no habiendo asuntos de qué tratar, se levantó la sesion. Eran las cinco y media.»

ENRIQUE. ¡Sublime! Hé ahí una página más que añadir á la historia de la actividad parlamentaria española. «No habiendo asuntos de qué tratar...» Las actas de estas sesiones siempre me recuerdan la de una del Congreso mitológico de *Los Dioses del Olimpo*.

612312

«Congregados á la una
en sesion acalorada,
los dioses no hicieron nada
ni se acordó cosa alguna.»

¿Conoces esa zarzuela?

CLARA. Creo recordar.

ENRIQUE. Nada tendria de extraño. Los bufos son, en mi concepto, como las expediciones veraniegas: inútiles y áun perjudiciales á veces... ¿Qué persona medio acomodada puede prescindir de unos y de otras, sin grave riesgo de ser censurada por una mayoría ménos discreta?

CLARA. Ciertamente; pero la costumbre...

ENRIQUE. ¡La costumbre! ¿Y ha de ser esa falsa ley irreconciliable enemiga de la higiene del alma y del cuerpo? ¡La costumbre!... Disfraz con que trata de encubrirse esa reina absoluta de la sociedad que se llama moda, y que es sólo un inagotable tesoro de efectos contraproducentes en otros tesoros, creidos tambien inagotables por padres cariñosos y maridos complacientes.

CLARA. ¡Qué exageracion!

ENRIQUE. Desengáñate, querida... En tiempo de Adam no se conocia el significado de esa pícara palabra, lo que me induce á creer que los rápidos progresos que ha hecho desde entónces acá, son uno de tantos castigos impuestos al género humano por su sensible curiosidad. Pero, en fin,

abandono estas reflexiones, afortunadamente inútiles para tí, que reunes á la belleza de la mujer el claro talento del hombre.

CLARA. ¡Galante está la mañana!

ENRIQUE. ¡Consecuencias de una noche de insomnio! No hagas caso, y prosigamos con nuestra diaria tarea de enterarnos á duo de *La Correspondencia*.

CLARA. Sigo leyendo: «La reunion que tuvo lugar »anoche en los magníficos salones de la baronesa »del Césped...»

ENRIQUE. Y es la tercera de que da cuenta este número.

CLARA. «Estuvo, como todas, animadísima, dándo»se allí cita cuanto de notable encierra nuestra »coronada villa en belleza, talento y fortuna...»

ENRIQUE. El diablo son estos revisteros... ¡Con qué facilidad dan á entender lo incompatibles que son la belleza con el talento, aquella con la fortuna, y ésta con aquél!

CLARA. «A las dos de la mañana abrióse un magní»fico *buffet*, espléndidamente servido, con el que »fué obsequiada aquella escogida sociedad...»

ENRIQUE. ¡No hay efecto sin causa! Si yo fuera individuo de la Academia de la Lengua, inscribiria en su Diccionario: «*Buffet*: sustantivo masculino afrancesado: semilla que, sembrada en el campo del periodismo, produce sueltos.» Continúa, continúa.

CLARA. «La encantadora dueña de tan magníficos »salones hizo los honores de la casa con la ex»quisita galantería que la es proverbial...»

ENRIQUE. ¡Eche usted adjetivos! A trozo de pavo en galantina, loncha de jamon en dulce y copa de *Champagne* por cada uno, indudablemente ese mozo ha estado á pique de reventar! ¿No te parece? ¡Y poco hueca y oronda que se habrá puesto nuestra amiga Isabel al oirse—mejor dicho—al leerse llamar encantadora!

CLARA. ¿Serias capaz de negar?...

ENRIQUE. ¿Yo? ¡Dios me libre!

CLARA. Cuando precisamente es mujer que para ciertas cosas se pinta sola.

ENRIQUE. Con efecto, y especialmente para hacer su *toilette*.

CLARA. ¡Bah! ¿Vas á hacerme creer que se pinta?

ENRIQUE. ¡Pshé! Pintarse precisamente, no; pero sí revocar una fachada algo deteriorada por las inclemencias del tiempo.

CLARA. ¡Si es muy vieja Isabel!...

ENRIQUE. Desde que yo era así... pequeñito, estoy oyéndola llamar encantadora, y ya ves, tengo treinta y seis años!

CLARA. ¡Treinta y cinco!

ENRIQUE. Lo mismo da. Con tales datos, puedes calcular próximamente su edad.

CLARA. (Con aire burlon.) ¡Sesenta años!

ENRIQUE. ¿Sesenta? Mira, quizá no vayas descaminada.

CLARA. ¡Eh! ¡Déjame en paz!... ¡Cuidado que te has vuelto insufrible! ¡Preciso es quererte tanto como yo te quiero, para poderte soportar algunas veces!

ENRIQUE. (Estrechando sus manos con cariño.) ¡Clara mia!

CLARA. ¡Quite usted, zalamero! Y en verdad que es muy extraño que el que siempre vivió esclavo de la sociedad, la rechace ahora, censurándola sin fundado motivo.

ENRIQUE. Nuestro casamiento...

CLARA. ¡Linda disculpa! ¿Por ventura está reñido el cariño con el trato de gentes?

ENRIQUE. No; pero el cariño, á medida que es más intenso, se complace más en el egoismo de la soledad.

CLARA. ¡De un pueblo de la Mancha!

ENRIQUE. (Reconvencion.) ¡Clara!

CLARA. Y díme, ¿acaso la inmensidad de nuestro afecto ha sido tambien la causa de tu inexplicable reserva para con todo el mundo respecto á nuestra union?

ENRIQUE. (Si supiera...) No ignoras la última voluntad de mi padre. Ardiente partidario de la alianza de nombres, para él era indiferente la de corazones. Sin consultar el mio dispuso de él, y

al dártelo yo á tí, falté á una palabra por él empeñada y que yo debí sostener. La abierta publicidad de nuestro enlace hubiera sido, más que desobediencia, descaro con respecto á mi padre; más que desaire, desprecio con respecto á la que él habia elegido para esposa mia.

CLARA. (Con solemnidad.) Oyeme, y sé juez en tu propia causa. Aventajado discípulo de D. Juan Tenorio, ibas de flor en flor, robando tesoros de amor y de ternura, hasta que hallaste una mujer que, ménos confiada, ó quizá más enamorada que las demas, te hizo conocer que la virtud no es sólo una palabra, que realmente existe, y que, sin ella, el cariño, desprovisto de base, no podria subsistir.

ENRIQUE. (¡Oh!)

CLARA. Te quise, porque te juzgué digno de mi cariño, y más de una vez temí perderte, por creerme en tu loco juicio esquiva á una pasion que era mi vida; pero debia ocultar la inmensidad de mi afecto, porque, á veces, ama tanto ménos el hombre cuanto más se siente amado. Dudaste de mí, porque te amaba demasiado: y fuese por amor propio, ó porque hubieras encontrado en mí algo que me hacía superior á las demas, me ofreciste un nombre que no vacilé en aceptar: el tuyo, que una santa union hizo tambien mio.

ENRIQUE. (Disgustado.) ¿A qué recordar?...

CLARA. Nos casamos; y nuestro enlace, que á nadie debia ocultarse, á todo el mundo se ocultó... Nada me importaba tal misterio; nada te pregunté. Era dueña de tu cariño, y eso me bastaba. Al dia siguiente dejamos á Madrid por este pueblecillo, donde vivimos hace ya cerca de un año, y tambien nuestra partida fué un secreto para todo el mundo, dejando así sin contestacion los muchos comentarios que habrá originado nuestra repentina desaparicion.

ENRIQUE. (Disgustado.) ¡Clara!...

CLARA. ¿Y sabes que, á no estar segura—como lo estoy—de tu cariño, bastaria tu conducta para dudar de tu sinceridad?... Pero no; te amo demasiado, Enrique mio, y no puedo creerte capaz de avergonzarte ante el mundo de querer á una mujer honrada.

ENRIQUE. (Tiene razon... ¡Hice mal!)

CLARA. En fin, dejemos esta enojosa conversacion; y sepa usted, señor marido, que su esposa seguirá como hasta ahora, respetando ese deseo... ó ese capricho, hasta el dia en que Dios nos envie un pequeñin, cuya infantil curiosidad haya que satisfacer...

ENRIQUE. (Con extremada alegría.) ¿Cómo? ¿Sería posible?

CLARA. Sí, Enrique mio: espero que muy pronto venga un nuevo sér á estrechar más nuestros

lazos, haciendo reflejarse en él nuestro inmenso cariño!

ENRIQUE. (Entusiasmado.) ¡Clara de mi vida! ¡Oh! Tienes razon... fuí un imbécil en ocultar lo que todo el mundo debia saber; necia preocupacion me hizo callar, sin comprender que la dicha es tanto mayor cuanto más envidiable es!

CLARA. ¡Enrique!

ENRIQUE. Desde hoy para nadie será un misterio nuestro casamiento... volveremos á esa sociedad que abandonamos como vergonzosos amantes: juntos siempre, iremos los tres á todas partes... el pequeñin el primero.

CLARA. (Entre gozosa y burlona.) ¡Sí... en mantillas!

ENRIQUE. ¡Y es verdad!

CLARA. La noticia te ha hecho perder la cabeza.

ENRIQUE. Tienes razon: tanta felicidad en un dia... Pero, no importa: daremos magníficas reuniones para presentarle en sociedad, y para que los revisteros nos llamen, á tí amable, y á mí encantador...

CLARA. ¡Qué algarabía!

ENRIQUE. Empezaremos, por lo pronto, enviando un comunicado á *La Correspondencia*... aunque no, eso sería dar demasiada publicidad... (Al dejar el periódico sobre la mesa ve una carta.) ¡Calle!... Una carta.

CLARA. Es verdad. Me habia olvidado decírtelo...

Son tan pocas las que recibimos... esta mañana la trajo el cartero.

ENRIQUE. ¡De Madrid! Y esta letra no me es desconocida. (Abre la carta.) Veamos la firma: «Fernando Acuña.» Fernando en Madrid, y yo que aún le hacía en los Estados-Unidos... A ver qué dice: (Leyendo.) «Querido Enrique: Vengo desde New-»York, acompañando á la mujer de lord Prestly, »de la que estoy enamorado como un loco...» ¡Ah, Fernando... te reconozco!

CLARA. ¡En ese detalle! ¡Lindo sujeto!

ENRIQUE. «Pretextando una ardiente pasion por »Ketty, su hermana, desoriento al marido, de »quien ya soy íntimo amigo, y me capto las sim-»patías de mi, hasta ahora, desdeñosa inglesa. »Dentro de unos dias van á San Petersburgo, á »donde pienso seguirles. Por una casualidad he »sabido tu paradero, que todos ignoran, y no des-»conozco la causa de tu destierro. Me alegra el »que sigas soltero.» ¿Eh?... Es verdad... éste no sabe... «Porque así tendrás más libertad, y me »acompañarás á San Petersburgo...» A San... sí, espérate: ¡como no te acompañe otro que yo!... «Te cederé á Ketty...» ¡Gracias!... «Dentro de »poco me tendrás á tu lado: no quiero marchar-»me sin despedirme de mi adorada, que no me lo »perdonaría. Conque, adios, y hasta muy pronto. »Siempre tuyo, Fernando Acuña.» (Al terminar la

lectura, un momento de pausa.) ¡Caramba! ¡caramba! ¡caramba!.. (Reparando en su mujer. — Con sentimiento.) Pero... ¿qué veo? ¿Lloras?

CLARA. (Enjugándose las lágrimas.) ¡No, no hagas caso!

ENRIQUE. (Con amante solicitud.) ¡Sí! Estás llorando

CLARA. (Sonriendo tristemente.) No es nada.

ENRIQUE. ¿Temes acaso que Fernando?... Tranquilízate, vida mia: el puro imán de tu cariño me lleva hácia tí de tal manera, que no basta á contrarestar su poder el halago de un amigo.

CLARA. (Con amor.) ¡Enrique!

ENRIQUE. Desecha ese temor, y ¡qué diablos! Suframos esa importuna visita, ya que no nos es dable evitarla. Prepáralc una habitacion... cualquiera... la peor de la casa, á ver si así conseguimos que se marche más pronto.

CLARA. ¡Pobrecillo! Haré que le preparen el pabellon del jardin.

ENRIQUE. Como quieras; pero anda pronto... (Consultando el reló.) Las once: ya no puede tardar en venir, y es necesario que vea... ¿No temes ya?

CLARA. ¿Temer? ¿Y cómo, si creo en tí?

ENRIQUE. (¡El tal Fernando!...)

CLARA. (¿Podrá la amistad más que el cariño?...) (Vase.)

ESCENA II.

ENRIQUE, *solo.*

¡Fernando en España! ¡Aquí, dentro de breves instantes!... No sé por qué su presencia, que tanto deseaba en otro tiempo, ahora... Y no es que haya dejado de quererle, no; mi amistad hácia él es la misma de siempre, porque esa dulce afeccion dura aún más que la vida. Sin embargo, nuestras ideas, ántes tan idénticas como perjudiciales, no lo son ya: él, áun no ha reconocido su error, miéntras que yo he abjurado del mio, adorando á la virtud en toda su grandeza... Y cómo se reirá cuando sepa que estoy próximo á ser padre de familia... Pero ¿por qué se ha de reir? ¿Acaso la felicidad, por el hecho de ser verdadera, ha de ser ridícula? ¡Censúrela en buen hora la sociedad, miéntras no la rechace la conciencia; porque si la sociedad es el mundo, la conciencia es Dios! Si yo pudiera convencerle... él es bueno: su corazon, guiado por malos instintos, entregado á fáciles mujeres, ha podido dudar de la virtud; pero el corazon, intérprete del alma, inclínase más hácia el bien que hácia el mal, y quizá el consejo de la experiencia haga fructificar el arrepentimiento. Sí; pero vaya usted á convencer á quien

viene nada ménos que de New-York persiguiendo á una mujer casada... á lady Prestly, que Dios sabe qué casta de pájaro será!... «Te cederé á Ketty...» Lo mismo dispone de ella... ¡ay! Esta cesion me recuerda otra que yo le hice... ¡ah! Pero la mia era más ventajosa... él me cede una soltera, y yo le cedí una casada! ¡Qué tiempo aquel! Siempre unidos, compartíamos triunfos y derrotas, y aún recuerdo alguna estocada que recibí por él, en pago á las que él recibiera por mí! Pero lo que nunca podrá borrarse de mi imaginacion, es la noche de nuestra despedida, ántes de que él partiera al Nuevo Mundo... Legalizado y sellado por el choque de sendas copas de *champagne*, hicimos el juramento de permanecer invulnerables al matrimonio... Él lo ha cumplido; pero yo... Si su estancia aquí fuera corta... evitando la presencia de Clara podria ocultarle... Lady Prestly no tardará en partir, y una vez léjos de España, ¡quién sabe cuándo volverá! Todo ello se reduce á retardar un par de dias más... ¡un par de dias! ¡Necio corazon, que se avergüenza de honrado! ¿Acaso es delito violar un juramento que rechaza el alma? Lo que es infame, es posponer á un imbécil amor propio el puro cariño de una esposa amante. Lo que debiera avergonzarme es haber mentido haciendo de la última voluntad de mi padre una máscara para encubrir ese amor

propio. ¡La amistad! No... no era la amistad lo que me unia á Fernando... No puede ser tan dulce afeccion el lazo que une dos séres educados en el vicio. Aquél, la muerte solo puede romperle... este le deshace la virtud. Censúreme en buen hora: nada me importa. ¡La censura del malvado es el mejor elogio del hombre de bien!

ESCENA III.

DICHO.—FERNANDO.

FERNANDO. (Dentro.) ¡No... no es necesario!

ENRIQUE. ¡Él!

FERNANDO. (Entrando.) ¡Enrique!

ENRIQUE. ¡Fernando!

FERNANDO. (Abrazando á Enrique.) ¡Aprieta!

ENRIQUE. ¡Afloja, chico... me vas á ahogar!

FERNANDO. Perdona, Enrique... es tanta mi alegría al volverte á estrechar entre mis brazos...

ENRIQUE. No es menor la que yo experimento; pero creo que el cariño nada tenga que ver con la asfixia.

FERNANDO. Tienes razon: sin querer, traté de poner en práctica el refran de «tanto te quiero...»

ENRIQUE. «Como te trituro...» ¡Gracias!

FERNANDO. ¿Habrás recibido mi carta? No puedes

imaginarte el deseo que de verte tenía. Al llegar á Madrid, mi primer cuidado fué volar en tu busca. Estabas aquí, y era natural que no te encontrara: tu ausencia me hizo sospechar lo que, pocas horas despues, supe por Perico Arévalo, que era ya el trigésimoquinto ó trigésimosexto amigo á quien preguntaba por tí...

ENRIQUE. ¿Y te dijo?...

FERNANDO. Fué muy lacónico, pero expresivo: «Hace un año, me dijo, en un mismo dia desaparecieron de entre nosotros Clara... no recuerdo el apellido, y él. Hay quien dice que viven en amor—esta frase la dijo con mucha intencion—y compaña en...» y me indicó este pueblo. No dijo más, aunque, de decirlo, yo no lo hubiera oido, pues sabiendo lo que deseaba, corrí á hacer mis preparativos de viaje, y aquí me tienes.

ENRIQUE. ¿Por mucho tiempo?

FERNANDO. Por muy poco. El tiempo es oro, como dice lord Prestly, y yo no estoy muy sobrado de él para malgastarlo.

ENRIQUE. ¡Derrochador!

FERNANDO. Además, mis muchas ocupaciones al lado de mi adorada lady y de miss Ketty, su hermana, me impiden...

ENRIQUE. Cualquiera, al verte aquí, diria lo contrario.

FERNANDO. Gracias en nombre de tu administrador.

ENRIQUE. (Con inquietud.) ¿Le has visto?

FERNANDO. Y soy portador de cartas suyas.

ENRIQUE. ¡Gracias á Dios! Por primera vez en tu vida has hecho algo de provecho.

FERNANDO. (Mucho temo que te equivoques.)

ENRIQUE. Empezaba á inquietarme su silencio.

FERNANDO. (Si tendré que arrepentirme de haberlo interrumpido...)

ENRIQUE. Y tú me devuelves la tranquilidad.

FERNANDO. Queda terminado el incidente. Hablemos algo de tí. ¿Sabes que te encuentro muy cambiado?

ENRIQUE. ¡Pshé! ¿Qué quieres? Los años...

FERNANDO. ¡Los años! ¿Acaso no soy yo más viejo que tú—poco más, se entiende—y me encuentro mejor conservado?

ENRIQUE. ¡Fatuo!

FERNANDO. No soy yo quien lo digo... Es la opinion de toda mujer á los tres dias de conocerme.

ENRIQUE. Vamos, siempre el mismo... ¡Ahora, como ántes, no se te cae la mujer de la boca!

FERNANDO. ¡Ay! Ojalá fuera cierto.

ENRIQUE. (Dándole una palmada en el hombro.) ¡Coqueton!

FERNANDO. ¡No lo creas... ya se me escapan... ya no me quieren! (Abrazándose á Enrique.)

ENRIQUE. No te quieren... ¡Como si te hubieran querido alguna vez!

FERNANDO. (Fatuidad.) Hombre, me parece...

ENRIQUE. Lo habrás creido así; pero la mujer que ama verdaderamente, no se rinde al falso halago de un hombre.

FERNANDO. (Sorprendido.) ¿Eh?

ENRIQUE. El verdadero amor, esa dulce inclinacion hija de la naturaleza, sólo puede justificarlo la virtud.

FERNANDO. Pero...

ENRIQUE. Ves á una mujer dotada de innumerables encantos, más bellos aún que la hermosura: su vista produce en tí una grata sensacion, mezcla inefable de mil afectos encontrados, pero reflejados en su mayor parte de uno solo: la admiracion. A esto llamas amor, y tu corazon no, tu cabeza no vacila en creerlo así. La ves asediada por infinitos adoradores que, como ellos á tí, tachas tú de importunos, y entónces un nuevo componente de esa falsa afeccion viene á robustecerla. Este es el amor propio. Pues bien: supongamos que por tus bellas cualidades... físicas, ó por un afecto simpático, ó—como sucede las más de las veces—por un capricho, te da la preferencia sobre los demas... ya no es amor propio lo que en tí domina: ahora son el orgullo y la vanidad los que vienen á reemplazarle. De su union nace el deseo, inevitable casi siempre, y casi siempre perjudicial. Con más talento que tú, ó

quizá más amante, evita la ocasion del peligro, y entónces tú, insultando á la verdad, exclamas indignado: «Su amor es mentira...» ¡Cuántas veces no habrás pronunciado esa frase!

FERNANDO. Ciertamente; pero...

ENRIQUE. Cambia la decoracion, y tomais la ficcion por la realidad, y exclamais recíprocamente: «¡Cuánto me ama!», y no vacilais en pronunciar esa frase errónea, que, traducida al lenguaje del alma quiere decir: «Cuánto nos despreciamos!» ¡Desengáñate, Fernando! La mujer es una joya que requiere ser engarzada; y tan mal sienta á un brillante un aro de cobre, como á un trozo de cristal un anillo de oro!

FERNANDO. (Despues de una pausa.) ¡Enrique!

ENRIQUE. ¿Qué?

FERNANDO. ¿A ver?... Mírame cara á cara.

ENRIQUE. ¡Me harás reir!

FERNANDO. Estaríamos en paz... ¿Quieres hacer el favor de decirme si el que hace poco ha pronunciado ese más que soporífero sermon de Semana Santa es el mismo Enrique de quien yo me separé hace diez años?

ENRIQUE. ¡En cuerpo y alma!

FERNANDO. En cuerpo, quizá; pero lo que es en alma... ¡qué quieres!... la encuentro tan variada...

ENRIQUE. Las circunstancias...

FERNANDO. ¿Ese disfraz de la hipocresia? No lo creo:

nunca te he conocido hipócrita... ahora, mucho ménos...

ENRIQUE. Entónces serán... los años.

FERNANDO. ¿Otra te pego? Ya te he dicho que no me gustan esas bromas. Además, la juventud vive con el amor, y la vejez no empieza sino cuando aquel acaba.

ENRIQUE. ¡Filósofo estás!

FERNANDO. Por imitarte... aunque mi filosofía, afortunadamente, está exenta del puritanismo de la tuya.

ENRIQUE. ¡Siempre el mismo!

FERNANDO. Por supuesto, que no ignoro el motivo. Sé que esas ideas no son tuyas, sino que están inspiradas por una segunda persona...

ENRIQUE (Con temor.) ¿Cómo? ¿tú sabes?

FERNANDO. ¡Lástima fuera! ¿No soy tu amigo, y tu amigo verdadero?

ENRIQUE. (Incitándole á hablar.) Pero...

FERNANDO. Es inútil que insistas. Sin embargo, en el corto tiempo que esté aquí, procuraré tomar datos de vuestro sistema de vida, para si alguna vez me ocurre casarme... ¡no te asustes! hablo de un enlace de corazones, no del verdadero matrimonio, cuya sola idea me horroriza.

ENRIQUE. ¡Fernando! (¡Estoy siendo un infame!)

FERNANDO. Por otra parte, supongo que no me creerás capaz de violar un juramento que tú, y

eso que eres más sensato que yo, has sabido respetar.

ENRIQUE. (¡Oh!)

FERNANDO. Pero ¿querrás creer?—hice mal, lo confieso;—¿querrás creer que en mi *rèvérie* durante el viaje llegué á sospechar de tí?

ENRIQUE. Hiciste...

FERNANDO. Mal, soy franco; ¿creer que tú?... pero en fin, ¡qué diablos! amor con amor se paga, y mal pensamiento con mal pensamiento: piensa tú mal de mí una vez no más, y cree que estaremos en paz.

ENRIQUE (Disgustado.) ¡Fernando!

FERNANDO. Es que si hubieras faltado á tu palabra, nunca te lo hubiera perdonado; y, la verdad, lo hubiese sentido, por recaer en tu daño la ejecucion del proyecto favorito de mi catecismo amatorio: «Amarás á la mujer de tu mejor amigo y respetarás á la que sólo lo sea *in nomine*.»

ENRIQUE. ¿Cómo? ¿serías capaz?...

FERNANDO. ¿Lo dudas? ¿Piensas que no?... ¡Ah! Vamos, eso es que has querido tomar la revancha de mi sospecha de ántes, ¿no es así?

ENRIQUE. ¿A qué tomar en serio sus locuras?

FERNANDO. ¡Mis locuras! Tienes razon: soy un loco, pero con unos ribetes muy anchos de cuerdo, y cree que, á no serlo, me pareceria increible que tú, el Enrique de otro tiempo, trataras de locura la

máxima que más de una vez has sabido poner en práctica.

ENRIQUE. Sí, ciertamente; pero ahora...

FERNANDO. (Sorna.) ¡Hipocriton!

ENRIQUE. ¡Fernando!

FERNANDO. ¡Resellado!

ENRIQUE. Pero...

FERNANDO. ¡Creyente!!!... ¡Me parece que no se le puede insultar más!

ENRIQUE (Con enfado.) ¡Vete al diablo!

FERNANDO. ¡Refutarme un principio eminentemente social!

ENRIQUE. ¿Qué quieres, que te dé la razon? De todas maneras has de quedarte con ella... Para tener razon basta hablar siempre.

FERNANDO. Sí, eso dice Fausto á Mefistófeles; y para no ser ménos que él te diré yo tambien: tienes razon, pues que te necesito.

ENRIQUE. ¿A mí?

FERNANDO. ¡A tí! Vente á San Petersburgo.

ENRIQUE. ¿Yo? A San...

FERNANDO. ¡Petersburgo, tú! Ya sabes que te cedo á Ketty.

ENRIQUE. ¡Eh! ¡Déjame en paz!

FERNANDO. Despues que me acompañes.

ENRIQUE. Pero...

FERNANDO. Es necesario, créeme, especialmente para tu salud: un mismo plato todos los dias llega

en poco tiempo á estragar el estómago más fuerte...despues de un año, el tuyo debe ser de hierro.

ENRIQUE. ¡Imposible!

FERNANDO. No sé qué significa esa palabra.

ENRIQUE. ¿Cómo he de abandonar...

FERNANDO. ¿A Clara? Sencillamente: la dices que vas á Madrid... á compras; eso la agradará: ella te cree, te deja marchar, y una vez allí, de un salto... á San Petersburgo.

ENRIQUE. ¡Sí, como quien dice, á Vallecas! ¡No lo verán tus ojos!

FERNANDO. ¿No?

ENRIQUE. ¡No!

FERNANDO. (Resueltamente.) ¿Decididamente no?

ENRIQUE. Decididamente *ene*, *o*, no.

FERNANDO. ¡Eso es una infamia! Tenga usted amigos para que luégo se porten así... Hoy mismo he de borrar esa palabra del Diccionario, para que no existan ni áun en letras de molde.

ENRIQUE. Pero, hombre, escucha.

FERNANDO. Repito que esto es una infamia; que esto verdaderamente clama á... Pero no tengas cuidado, yo le diré á esa señora...

ENRIQUE. ¡Fernando! ¿Quieres oirme?

FERNANDO. ¿Me seguirás?...

ENRIQUE. ¡Pero, hombre, atiende!

FERNANDO. ¿Me seguirás?...

ESCENA IV.

DICHOS. — CLARA.

CLARA. ¿Estorbo?

ENRIQUE. (A Fernando.) (¡Calla!)

FERNANDO. (¡Ella!) Nunca, señora. (¡Admirable tipo de belleza!)

ENRIQUE. (A Clara.) Tengo el gusto de presentarte á mi amigo Fernando de Acuña... (A Fernando.) Te presento á...

FERNANDO. Las tres Gracias refundidas en una. ¡Preciosa criatura!

CLARA. (¿Qué dice?)

FERNANDO. (Acercándose desenvueltamente á Clara.) Ojos africanos, perfil griego, talle de sílfide, pié... el pié debe ser andaluz.

CLARA. (Conteniéndole.) ¡Caballero!

ENRIQUE. (Llamándolo á su lado.) (¡Por piedad, Fernando!)

FERNANDO. (¡Comprendo tu resistencia!)

CLARA. (¡Ese lenguaje!... ¿Le habrá ocultado Enrique?...)

FERNANDO. (Bajo á Enrique.) (¡Ya conoces mi precepto!) Bien se explica tu aislamiento: dueño de tal tesoro, eres lo bastante digno de envidia para temerlo todo.

CLARA. (¡Ah! En su carta le creia soltero, y él... ¿Será posible!)

ENRIQUE. (¡Dios mio! ¡Dios mio!)

FERNANDO. (Mirando con descaro á Clara y luégo á Enrique.) ¡Tendré que hacer el viaje sólo!

ENRIQUE. (¡Callarás!)

CLARA. (Nunca lo hubiera creido.) Venía á anunciar á ustedes que el almuerzo nos espera.

FERNANDO. Siempre es descortesía hacer esperar... y tanto más, cuando se tiene como yo un apetito de ocho horas de viaje.

CLARA. Nada entónces mejor que ser corteses. (Yo sabré la verdad.) *En route.*

FERNANDO. *En route.* (Le ofrece el brazo, que Clara acepta.)

CLARA. Gracias. (A Enrique.) Aprende.

FERNANDO. (¡Bravo! ¡Ya se insinúa!)

CLARA. (¡Yo le castigaré!)

ENRIQUE. (¿Habré hecho mal?)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.—Sobre una mesa una maquinilla de hacer café, con el espíritu de vino encendido: al lado un servicio de tres tazas.

ESCENA PRIMERA.

CLARA.—ENRIQUE.—FERNANDO.

(Al levantarse el telon, Clara está acabando de tocar al piano el *Adios* de Schubert.—Al concluir, queda sentada en el banquillo, mirando al público.—Enrique y Fernando sentados al lado del velador, cerca del proscenio.)

FERNANDO. (Cuando ha acabado de tocar). ¡Sublime!

ENRIQUE. ¡Magnífico!

FERNANDO. ¡Encantador!

CLARA. Con tantos elogios van ustedes á hacerme creer que soy una profesora...

FERNANDO. De profesores. Gracia, sentimiento, ejecucion: admirable conjunto que realza la armoniosa poesía de ese pequeño número de notas que encierran todo un poema de afliccion! Si la

melodía no hubiera existido, Schubert la hubiera inventado: su *Adios*, sentido como la ausencia, sólo con ella se comprende.

ENRIQUE. Muchos defectos te conocia; pero nunca me imaginara que te hubieses hecho poeta.

FERNANDO. ¿Poeta yo?... ¡Dios me libre!

CLARA. ¿Tanto horror le tiene usted?...

FERNANDO. ¿A la poesía? Desde muy antiguo somos irreconciliables enemigos. La poesía es el bello ideal de los tontos...

ENRIQUE. Y tú eres demasiado discreto: comprendido.

FERNANDO. Errata: donde dice «discreto,» léase «modesto.» ¿No es así?

ENRIQUE. *Tú dixisti.*

CLARA. No, Fernando: el hombre y la mujer, desde que nacen, son poetas sin saberlo... Obras, y las más perfectas de la naturaleza, no pueden estar exentas de ese purísimo sentimiento, alma del mundo, que se refleja en todas sus concepciones: el corazon encierra un inmenso raudal, que insensiblemente se desborda cuando nuestros sentidos le trasladan una agradable impresion, dotada tambien de ese suave sentimiento. Schubert, al componer su *Adios*, dejó que el corazon guiara al pensamiento: ¿qué extraño es que vuelva al corazon lo que de él ha salido?

ENRIQUE. ¿Eh? ¿Qué tal?

FERNANDO. ¡Admirable! Con tan elocuente sacerdotisa, ¿cómo no rendir culto á tan sublime diosa? (¡Qué mujer, chico, qué mujer... me la comeria!)

ENRIQUE. (¡Por fortuna has almorzado ya!)

FERNANDO. (¡Picarón!)

CLARA. (Levantándose.) Si les parece á ustedes, podemos descender de lo sublime á lo prosaico: el café debe estar ya más que hecho, y...

FERNANDO. Tiene usted razon. (Cantando final *Norma.*) Sublime Moka...

ENRIQUE. Final de *Norma.*

FERNANDO. ¡Permíteme!... Ahora es de almuerzo.

ENRIQUE. ¡Es verdad! (Ofreciéndole cigarros.) ¿Cabañas ó Lóndres?

FERNANDO. (Sacando él de su petaca.) Trabuco... es lo que está más de moda.

ENRIQUE. (Toma un cigarro.—Á Clara, que le sirve el café.) Poco cargado.

FERNANDO. ¿Poco?... (Encendiendo el cigarro.) ¡Hasta la boca!

ENRIQUE. No, hombre... me referia al café.

FERNANDO. ¡Ah! Creí...

CLARA. Quizá (Sirviéndole.) no le guste á usted...

FERNANDO. ¡Al contrario! Como hace tanto tiempo que no lo tomo, así y todo, me sabrá á gloria.

ENRIQUE. ¿Qué? ¿Te lo han prohibido los médicos?

FERNANDO. No; pero estoy condenado á no tomar más que té: en cambio, tengo el consuelo de que

no lo tomo más que á todas las horas del dia.

ENRIQUE. *English fashion.*

FERNANDO. *Ecco il motivo.* Gracias á las gracias, conozco todos los tés habidos y por haber, desde el té perla hasta el...

CLARA. (Riendo.) ¡Té amo!

FERNANDO. (¡Te veo!)

CLARA. Consecuencia, sin duda, de su pasion por la inglesita.

FERNANDO. ¿Cómo? ¿Usted sabe?...

ENRIQUE. Te diré...

CLARA. Sí, Enrique me ha dicho que una cierta lady Prestly...

FERNANDO. ¡Hombre, por Dios!

CLARA. Entre nosotros no hay secretos: además, ¿no nos amamos nosotros? ¿Qué tiene de particular que se amen ustedes?

ENRIQUE. (¿Eh?) (Sorpresa.)

FERNANDO. Sí... la verdad es que... pero, ¿qué quiere usted? la falta de costumbre... (¡ayúdame, hombre!)

CLARA. (Sentándose—Enrique queda en el centro.) Y, á todo esto, no nos ha contado usted ninguna de sus aventuras en el Nuevo-Mundo.

ENRIQUE. ¡Clara!

FERNANDO. Señora...

CLARA. ¡Vamos! Veo que peco de indiscreta: siendo así, anulo mi pregunta.

FERNANDO. ¡Oh! De ninguna manera.

CLARA. Entónces...

ENRIQUE. Pero, hija, ¿no comprendes?

FERNANDO. Ya ve usted...

ENRIQUE. ¡Claro! Tendrá sus razones...

FERNANDO. ¡No! Unicamente la modestia.

CLARA. (Con ironía.) ¡Ah! Si no es más que eso...

ENRIQUE. Pero...

FERNANDO. ¡Déjala, hombre, déjala!

ENRIQUE. (¡Nada: se empeñó!)

CLARA. Yo tengo el defecto de ser muy *curiosa* (recalcando y mirando á Enrique) y desearia saber...

FERNANDO. ¿La historia de mis amores con lady Prestly?

CLARA. Precisamente.

ENRIQUE. (¡Claro! Lo que él estaba deseando.) Pero, hija, tú no consideras que estará cansado, y que es una imprudencia...

FERNANDO. ¡No lo crea usted... todo lo contrario! El almuerzo me ha restaurado por completo, y, gracias á él, me encuentro fuerte y ágil.

ENRIQUE. (¡Lástima de narcótico!) Entónces...

FERNANDO. Empezaré.

CLARA. Soy toda oidos.

ENRIQUE. (¡Por Dios, Fernando!) (Con temor.)

FERNANDO. (¡Descuida!) Lady Prestly es una de esas mujeres que son bonitas sin saberlo.

ENRIQUE. ¡Calle!

FERNANDO. Si, no es coqueta.

ENRIQUE. Eso es otra cosa.

CLARA. ¡Comprendo!

FERNANDO. ¡Su marido es un imbécil, como lo son todos los maridos!

ENRIQUE. ¡Hombre, por Dios! (Con enojo.)

CLARA. Tiene razon.

ENRIQUE. (¡Tambien ella!)

FERNANDO. Su casamiento es de lo más original que se conoce. A consecuencia de una borrachera, no pudiendo su jockey montar uno de sus caballos en unas carreras en New-York, ocupó él su lugar. Partieron, y tales trazas se dió, que pocos momentos despues su caballo habia adelantado á los demas cuatro ó cinco cuerpos: cerca del punto de llegada, y cuando más seguro estaba de su triunfo, ve en un palco del hipódromo á la que hoy es su mujer, y que entónces no conocia... Admírale su excesiva belleza, y ¿qué hace? Sin cuidarse de concluir su carrera, salta del caballo, se dirige precipitadamente al palco de la linda espectadora, se hace presentar á ella—no crean ustedes, en traje de jockey!—pide su mano, y á los pocos dias ¡paf! ¡se casó con ella!

ENRIQUE. ¿En traje de jockey?

FERNANDO. ¡Supongo que no!

CLARA. ¡Vaya una pasion!

FERNANDO. Hípica.

ENRIQUE. Cuidado que se necesitan agallas...

FERNANDO. ¿Oh! ¡Las tiene de sobra!

CLARA. ¿Y usted... se enamoró de ella tambien?

FERNANDO. ¡No! ¡Yo, como dicen los novelistas, la ví y la amé!

ENRIQUE. ¡Ménos ajetreo!

FERNANDO. Se lo dije, y me envió á paseo. Insistí, y se lo dijo al marido; éste, entónces, con una calma digna de mejor empleo, me suplicó desistiese de mi empresa.

ENRIQUE. ¿Y tú?

FERNANDO. Con efecto: volví á la carga.

ENRIQUE. ¡Bravo!

CLARA. ¡Se comprende!

ENRIQUE. (¿Eh?)

FERNANDO. Cambié, sin embargo, mis baterías, haciendo creer una inmensa pasion por miss Ketty.

CLARA. Su hermana.

FERNANDO. Precisamente. Una viudita jóven, y por consiguiente bonita.

ENRIQUE. ¿Por consiguiente?

FERNANDO. ¡Cierto! De no ser jóven y bonita no hubiera sido viuda. Esta vez, mi pasion fué acogida con entusiasmo, especialmente por Ketty, que, segun me dijo, me amaba ya...

ENRIQUE. ¿En secreto?

CLARA. Eso es de *ene*.

FERNANDO. Desde entónces, sin riesgo moral, pude

entrar en aquella casa, y disponer mi plan sobre el terreno.

ENRIQUE. ¡Magnífico!

FERNANDO. Lo que habia previsto, llegó á suceder. Aurora—lady Prestly—al ver mi entusiasmo por su hermana, sintió—amor propio de mujer—no ser ella el objeto de mi adoracion, y pronto dejó conocer el arrepentimiento de su conducta respecto á mí.

CLARA. ¿Se lo dijo á usted?

ENRIQUE. No, hija; esas cosas se callan.

FERNANDO. Pero se conocen á la legua.

CLARA. (¡Fatuo!)

FERNANDO. Convencido ya de mi próximo triunfo, y resuelto á llevarle á efecto, pretexté secretas confidencias relativas á mi amor para su hermana, y obtuve de mi desdeñosa una entrevista á solas, aprovechando discretamente una casual ausencia del marido.

ENRIQUE. ¡Sublime!

CLARA. ¡Admirable combinacion!

ENRIQUE. (¡Otra vez!) (Observando á Clara.)

FERNANDO. Envuelto en mi gaban, y en las oscuras sombras de la noche,—¡una de Enero, á las doce, calcula!—me dirigí palpitante de emocion á aquella casa, para mí templo de felicidad. Sin ser visto de nadie, me introduje hasta su gabinete...

ENRIQUE. Comprendido, sí, y se adivina el desenlace... Llegué, ví y...

FERNANDO. (Naturalidad.) Fuí á dormir al cuerpo de guardia inmediato...

ENRIQUE. ¿Qué?

CLARA. (¡Ah!)

FERNANDO. Entre ocho ó diez ciudadanos de la peor especie.

ENRIQUE. ¿Pero cómo?

FERNANDO. Sencillamente. Miéntras yo entraba por un lado, codicioso del amor de lady Prestly, unos miserables, introduciéndose sigilosamente en el despacho del noble lord, atentaban á sus riquezas. Desgraciadamente fueron descubiertos, y á las voces de alarma que daban los criados tuve que huir, saltando por el balcon. Por un instante creíme seguro; pero ¡qué diablos! dos *policemen* presenciaron mi evasion, y en tanto que los otros consiguieron escaparse, yo, que quieras que no, tuve que seguirles como si hubiera sido un ladron.

CLARA. (¡Más que ladron!)

ENRIQUE. ¡Qué infamia!

CLARA. (¡La Providencia!)

ENRIQUE ¿Y cómo pudiste...?

FERNANDO. ¿Recobrar mi libertad? Gracias á miss Ketty, que enterada por su hermana del motivo de mi estancia en su gabinete á aquella hora, viendo que las circunstancias conspiraban horriblemente

en contra mia, y deseando salvarme áun á costa de su honra, no vaciló en declarar que yo habia permanecido á su lado durante toda la noche, siendo por lo tanto inocente en el robo de que se me acusaba.

CLARA. (¡Qué abnegacion!)

ENRIQUE. ¡Admirable! ¡Esa mujer vale un mundo!

FERNANDO ¡Qué! A no ser por lo bien que la habia sabido engañar, á estas horas ¿quién sabe?

CLARA. (¡Increible parece que se pueda querer tanto á un monstruo así!)

ENRIQUE ¿Y lord Prestly?

FERNANDO. Completamente indiferente hácia nosotros dos; pero consecuencia inmediata de esa especie de golpe de Estado, ha sido nuestra salida de New-York; curiosidad excitada por mí nuestra venida á España, y residencia futura...

ENRIQUE. San Petersburgo. ¡Bonito país!

CLARA. ¿Y cuándo es la marcha?

FERNANDO. Presumo que muy pronto. El *spleen* ha empezado á apoderarse de *mi marido*, y temo que de un dia á otro... por eso no he querido retardar á ustedes mi visita.

ENRIQUE. La cual te agradecemos...

CLARA. Infinito.

FERNANDO. ¿Y ustedes?

ENRIQUE. Vegetando, chico; vegetando en este pueblo desde hace cerca de un año.

FERNANDO. ¡Un año! Será muy bonito.

CLARA. ¡Ya lo creo!

ENRIQUE. Catorce casas con su alcalde, un campanario y diez y siete molinos.

FERNANDO. ¡Cáspita, qué lujo! Será digno de verse.

CLARA. ¡Sí, sí!

ENRIQUE. Si te parece, daremos una vuelta por ahí... Verás cómo no te engaño.

FERNANDO. Acepto, si Clara nos lo permite.

CLARA. Por mí, permitido.

ENRIQUE. Entónces voy á arreglarme un poco, y al momento soy contigo... Hasta luégo.

FERNANDO. Hasta luego. (Mutis. Enrique.)

CLARA. (¡Se va! ¡Adelante con mi plan, y que Dios me ayude!)

(En el momento en que desaparece Enrique, Clara toma del velador los objetos de bordar que habrá en él, y se sienta á hacer labor. Fernando mira primero á Enrique, y luego á Clara, y hace un gesto de compasion.)

ESCENA II.

CLARA.—FERNANDO.

FERNANDO. (Nos deja solos... síntomas de marido!)

CLARA. (¡Yo sabré la verdad! ¡Mi honra lo exige!)

FERNANDO. (Mirando á Clara.) (¡Es un tesoro!... Siempre ha tenido suerte ese condenado Enrique.)

CLARA. (Observando á Fernando.) (¡Qué miradas! ¡Resolucion! Es un fatuo, y habrá de decirlo todo.)

FERNANDO. (Me mira de reojo... ¡Bravo!)

CLARA. (Duda... Ya es mio.)

FERNANDO. (¡Pobre Enrique!) (Se acerca al sitio donde está Clara, y mira el bordado.)

CLARA. (Inspíreme el cielo!) (Coqueteria.) ¿Le gusta á usted? (Enseñando el bordado.)

FERNANDO. ¿Qué? ¿La mano? Mucho.

CLARA. No. La inicial.

FERNANDO. Una y otra son lindísimas.

CLARA. Permítame usted que rechace la primera apreciacion, y admita solo la segunda.

FERNANDO. ¡Imposible! Tanto más, cuanto que la una es consecuencia de la otra. Sólo una mano encantadora puede producir...

CLARA. Digna es, en efecto, de elogio la mano que trazó tan bonitos rasgos; pero eso de llamarla encantadora, me parece algo arriesgado.

FERNANDO. ¿Por qué? Lo que está á la vista...

CLARA. No soy yo su autora; es...

FERNANDO. ¿Quién?

CLARA. (Con volubilidad.) Mi dibujante.

FERNANDO. (Corrido.) (¡Me aplastó!)

CLARA. Ya ve usted...

FERNANDO. Si; pero eso no es razon para que la mano que ahora la reproduce sea un modelo de belleza.

CLARA. (Despues de una pausa, y como violentándose en extremo.) Eso ya es diferente.

FERNANDO. (Sorprendido.) ¿Eh?

CLARA. (Él mismo se asusta... ¡Y esto es un Tenorio!)

FERNANDO. (Parece que no le desagrada...)

CLARA. ¿Decía usted?

FERNANDO. No, nada; me limitaba únicamente á observar...

CLARA. ¿Qué?

FERNANDO. Que el adjetivo aplicado á su mano es adaptable tambien al resto de su cuerpo.

CLARA. Exceso de galantería.

FERNANDO. No, de veracidad. Hace tiempo que dejé de ser galante para no ocuparme más que en decir la verdad. Por otra parte, la galantería en New-York es un artículo inexplotable, razon por la cual apénas se hace uso de ella; y ya ve usted, aunque sólo fuera la falta de costumbre...

CLARA. ¡Tiene gracia! (¡Miserable!)

FERNANDO. (Se sonríe... ¡Adelante!) (Abandonándose insensiblemente.) Siendo únicamente imparcial, es como puedo observar la delicadeza de su perfil, superior al de la mejor escultura griega; su cabello, negro como una esperanza desvanecida, y bello como esa misma esperanza realizada; sus ojos ardientes, como una pasion correspondida...

CLARA. (Avergonzada.) (¡Oh!)

FERNANDO. (Observándola mucho.) (¡Qué mirada!)

CLARA. (Dominándose.) Prosiga usted...

FERNANDO. (¡Qué diablos de mujer es esta?)

CLARA. ¿Cesó ya su inspiracion?

FERNANDO. No; pero ¿qué he de decir de su talle, que en lo sutil rivaliza con la ligereza? ¿Qué he de decir de su pié pequeño y divino como un tema de Cimarosa? ¿Qué?...

CLARA. No, nada más. No creo que pretenda usted inventariar todo mi cuerpo.

FERNANDO. Si fuera posible... posible que comprendiera usted el irresistible encanto que produce en mí su belleza, no tomaria á broma el que mi acento refleje el estado de mi corazon; no dudaría... (Pero ¿qué diablos estoy diciendo?... Si esta no es una declaracion en regla...)

CLARA. (¡Cualquiera diria que se habia arrepentido!... ¡Cómo si eso pudiera tener conciencia!)

FERNANDO. (¿Y cómo contenerme? Nada, es necesario cumplir como buen amigo, y... ¡si al ménos fuese su mujer!) (Estudie mucho el actor la manera de decir esta última frase, por ser muy importante, en opinion de los autores, para el éxito de la obra.)

CLARA. (Desistirá? ¡No lo creo!)

FERNANDO. (¡Y Enrique sin volver todavía! Tambien es imprudente tardar tanto, conociéndome como me conoce.)

CLARA. (Yo le haré continuar, excitando su amor propio.) ¿Fernando? (Desde este momento, hasta el

final de la escena, Clara debe dar á conocer al público la violencia que hace á sus nobles sentimientos, para arrancar á Fernando la confesion de su falso amor por medio del fingimiento.)

FERNANDO. ¿Clara?

CLARA. ¿Sabe usted que me ocurre una reflexion?

FERNANDO. ¿Cuál?

CLARA. Le hace á usted poco favor; pero quiero serle franca.

FERNANDO. ¿De veras?

CLARA. Le considero á usted un buen amigo, porque basta serlo de (acentuando mucho la frase) *ese* para serlo tambien mio; y si he de decirle la verdad, al leer su carta...

FERNANDO. (Sorprendido.) ¿Cómo? ¿usted?...

CLARA. ¡Sí!... yo leo toda la correspondencia de Enrique. Al leer su carta, repito, formé de usted un juicio muy diferente del que en realidad merece.

FERNANDO. ¿Es posible?

CLARA. (¡Necio!) Sí: yo le hacía á usted un seductor modelo, y á juzgar por... por la timidez de sus frases, me convenzo de que lo es usted; pero... pero muy vulgar.

FERNANDO. ¿Cómo?

CLARA. No debiera usted ignorar que á la mujer le agrada, sobre todo, la originalidad. Aprovechc, pues, mi consejo, y creo que quien se lo dicta es quizás su mejor amiga.

FERNANDO. (¡O es que se burla ó es que me reta!)

CLARA. El corazon de la mujer—de la que lo tiene—(Dios me perdone) es una caja cerrada, y llena de afectos encontrados, que pueden clasificarse en dos especies: los que aspiran al bien y los que tienden al mal. Ama por la primera vez de su vida, y lo que en poesía se dice abrir el corazon al amor, en la vida real puede llamarse... abrir la caja á los cuatro vientos. Los primeros afectos, los que tienden al bien, por ser tales, son los ménos y los más pequeños, razon por la cual aparecen en la superficie, de donde son muy pronto arrojados por el viento de las pasiones, á ménos que, contenidos por la prudencia, les haga ésta tomar cuerpo y desalojar á su vez á los otros. Este caso es muy raro. Siguiendo el primero, una vez desprovista de los buenos afectos—que siempre desaparecen con el primer amor—la cuestion, en lo sucesivo, se reduce á fomentar y halagar los restantes. Esto es lo que al hombre toca hacer; pero, para lograrlo, debe primero enterarse del estado actual del corazon que trate de interesar... esto es... si conserva aún la superficie, ó si lo único que le queda es el fondo!

FERNANDO. (Entusiasmado) ¡Brillante teoría sobre el amor!

CLARA. (Mucha intencion.) No, sobre el amor no; sobre la seduccion.

Fernando. Cuestion de nombres que no importa al hecho.

Clara. Ciertamente; pero convengamos, Fernando, en que si yo hubiese nacido hombre, sería ó hubiese llegado á ser un seductor...

Fernando. ¡Oh! *¡De premiére force!...* No cabe duda... (¡Esto es obligarme! Y ese maldito de cocer sin venir! ¡Eh! ¡Qué diablos! Él se tiene la culpa... yo me decido...)

Clara. (¿Caerá en el lazo?...)

Fernando. (La verdad es que, despues de todo, es ella la que me incita!)

Clara. (¡Debo esperarlo de su fatuidad!)

Fernando. (¿Cómo conoceria yo si esta mujer conserva todavía algo de superficie?... ¡Oh! ¡Qué idea!)

Clara. Parece que mi teoría le ha hecho reflexionar.

Fernando. Ciertamente, y ella me prueba una vez más lo estrambótico del corazon de la mujer... por lo tanto, lo difícil que es al hombre su perfecto conocimiento, y, más aún, lo sensible de su ineptitud.

Clara. ¿Sensible?

Fernando. ¿Cómo no? Supongamos—lo que quizá no sea suposicion—que yo la adore á usted.

Clara. (Con dignidad) ¡Fernando! Semejantes palabras...

Fernando. ¡No! Ya he dicho que tal vez sea una su-

posicion. Pues bien: adorándola, debo en primer lugar, segun su teoría, hacer un escrupuloso reconocimiento de su corazon.

CLARA. Precisamente. (¡Y es lo que ahora tratas de hacer!)

FERNANDO. De no conocerlo, debo desistir de mi pasion.

CLARA. Cierto.

FERNANDO. ¿Y cree usted posible que el cariño, más impetuoso cuanto es mayor, pueda friamente observar y estudiar el corazon de su objeto querido? ¿Cree usted que la grandeza de la pasion puede descender á la pequeñez de los detalles? No, Clara. El amor que nace de una mirada, de una sonrisa, de una palabra, crece instantáneamente, y como un torrente sin cauce inunda cuanto trata de atajar su corriente: sentimientos, afecciones, vida, todo, y en vano la materia trata de reclamar nuestro espíritu... ¡La pasion nos dice que tenemos alma, asi como el alma nos demuestra á Dios!

CLARA. ¿Cómo? ¿usted cree en Dios? ¡Filósofo tambien! ¡Vaya en gracia!

FERNANDO. Yo...

CLARA. ¡Já! ¡já! ¡já! Nunca lo hubiera imaginado.

FERNANDO. ¿Eh? (¡Perdió la superficie!)

CLARA. (Transicion) (¡Dios no debe oirme!)

FERNANDO. (¡Ataquemos el fondo!) No, Clara; pero á

veces esa especie de hipótesis contribuye á la belleza de la frase, y el fin justifica siempre los medios... pero ¿á qué fingir ya? Mútuamente nos conocemos, y ni usted es ya una niña...

CLARA. (¡Oh! ¡Qué vergüenza!)

FERNANDO. ¡Ni yo soy un novicio! Su manera de ser para conmigo, sus palabras, sus acciones, todo, en fin, me han demostrado hasta la más lisonjera evidencia que no le soy indiferente. Si el cariño de Enrique pudo unirla á él, que el mio...

CLARA. Basta, caballero, basta... (¡Horrible realidad!)

FERNANDO. ¿Qué puede oponerse á ello?

CLARA. (Sin poderse reprimir, al comprender la situacion en que la ha colocado Enrique.) ¡¡¡Ah!!!

FERNANDO. ¿Qué? ¿Se siente usted mal?

CLARA. (¡Era verdad!) (Dominándose.) No... gracias... no ha sido nada...

FERNANDO. Pero...

CLARA. Al terminar mi obra... distraida sin duda...

FERNANDO. (Interés.) ¿Se ha clavado usted la aguja?

CLARA. (Amargura) (¡En el corazon!)

FERNANDO. (Acudiendo en su socorro.) Permítame usted...

CLARA. ¡No!... ¡no se moleste!

ENRIQUE. (Segunda izquierda.)¿He tardado mucho?

CLARA..... ¡Enrique! (Clara con sentimiento. Fernando con sobresalto.)
FERNANDO.

ENRIQUE. (Observando á los dos.) ¿Eh? (¿Qué significa?...)

ESCENA III.

DICHOS.—ENRIQUE.

FERNANDO. (Recobra la calma.) (Fin del capítulo primero... Capítulo segundo: ¡el marido!)

ENRIQUE. (Con inquietud.) ¿Pero qué ha pasado?

CLARA. (Mirándole fijamente.) No es nada.

FERNANDO. Una de las consecuencias lógicas de ese pretexto de la honradez que se llama trabajo.

ENRIQUE. ¡Qué definicion!

FERNANDO. Tanto más exacta, cuanto que quien la da no le conoce más que de vista. (A Clara.) ¿Duele aún?

CLARA. (Con entereza.) ¡No!

FERNANDO. Desengáñese usted, Clara. El trabajo es el ente moral más ingrato que se conoce: cuanto más amigo se es de él, peor nos paga: yo por eso nunca he querido tratarle... (A Enrique, en tono de broma.) ¡Qué cara! Cualquiera diria que el pinchazo recibido por Clara te duele á tí.

ENRIQUE. (Intranquilo.) (¡No sé qué experimento!)

CLARA. (Angustiada,) (¡No se irán!)

FERNANDO. (¿Habrá sospechado éste?) (Ap. á Enrique.) ¿Hay escama?

ENRIQUE. ¿Eh?

FERNANDO. No, te lo pregunto, porque precisamente tiene ahora tu fisonomía todo el aspecto de un marido... al natural en ciernes.

ENRIQUE. (Imponiéndose.) ¡Fernando!

FERNANDO. Vamos, veo que necesitas tomar el aire. Afortunadamente teneis aquí repuesto más que suficiente de molinos... Aunque no sé si tu esplin será superior á la fuerza combinada de los diez y siete.

ENRIQUE. ¡Siempre bromista!

FERNANDO. No, siempre hombre. Conque *¿andiamo?*

ENRIQUE. (Sí, le confesaré la verdad!) Vamos.

FERNANDO. Hasta luego, Clara. (¡Principia mi papel!)

ENRIQUE. Hasta luego. (¡Perdon!) (Esta palabra en tono muy bajo, de modo que solo sea oida por Clara.)

CLARA. (En el colmo de la desesperacion.) (¡Oh!) (Afectando tranquilidad.) ¿De qué?

ENRIQUE. (Con satisfaccion.) (¡Ah!) ¡Vamos, Fernando! (¡Aun estoy á tiempo... no se sabe nada!)

ESCENA IV.

CLARA, *sola.*

Se fueron... Creí que nunca se marchaban... Era verdad... ¡Oh! Y yo le creí honrado, yo le creí... ¡Yo le creí cuando me dijo que su silencio se fundaba en respetos á la última voluntad de su pa-

dre! ¡Creer! Nunca hasta hoy me habia parecido absurda esa palabra... Siempre tuve el cariño por una afeccion santa... Ni lo es, ni puede serlo, desde el momento en que oculta la verdad. ¡Y áun se atreve á pedirme perdon! No contento con la infamia, recurre á la vileza... á la vileza, sí, porque nada es tan vil como proponer á la mujer, conociéndola, su propia deshonra! Hay delitos cuyo perdon es aún más culpable que el delito mismo. Sí, no debo vacilar... seguir viviendo á su lado es hacerme su cómplice, y no es razon que sea culpable á sabiendas la que únicamente lo ha sido por ignorancia. Le haré conocer mi resolucion fundada en su conducta: de no decirle nada, sería capaz de creerme aún más culpable que él... Pero, ¿cómo decirle?... Si yo pudiera tener la esperanza de que Dios me diera fuerzas... ¡Imposible! El delito no puede acriminar al delito, y yo, que aún tengo la desdicha de quererle, no debo reconocerme por este hecho más delincuente que él. Le escribiré... hará la cabeza lo que no se atreve á hacer el corazon. Por la primera vez de mi vida, aquella dominará á éste; por la primera vez mentirá la primera para salvar al segundo... ¡Dios mio! ¡Dios mio!... (Se sienta. Toma la pluma, que vuelve á dejar sobre la mesa.) No puedo... La pluma se resiste á estampar un perjurio... (Escribe.) ¡Concluyamos! El dominio del bien es muy limi-

tado... (Cesa de escribir) ¡Ya está! Al firmar esta carta, compro mi virtud á costa de mi vida... Negocio del alma, en el que aún voy ganando dignidad... Sólo me falta ahora hacer llegar á su poder... ¿Cómo? ¡Dios me inspirará! Ni áun me queda el consuelo de poder enjugar mis lágrimas... Existe un dolor que yo no conocia aún... ¡el dolor que no llora! (Viendo entrar á Enrique.) ¡Él! ¡Fuerzas, Dios mio, fuerzas!

ESCENA V.

DICHA.—ENRIQUE.

(Enrique se detiene en el foro. Viene muy abatido, y trae una carta en la mano.)

ENRIQUE. (¡Apénas acierto á creerlo!)

CLARA. (¡Viene solo!)

ENRIQUE. (¡Arruinado!)

CLARA. (Observándole.) (¡Qué agitacion!)

ENRIQUE. (¡Bien claro lo dice esta carta!)

CLARA. (¡Parece sufrir!)

ENRIQUE. (¿Será la Providencia?... ¡Duro castigo!)

CLARA. (¿Debo olvidar su falta?... ¡Oh! ¡Nunca!)

ENRIQUE. (¡Jamás pude imaginar semejante infortunio!)

CLARA. (Al tomar mi resolucion, no tuve en cuenta que pudiera verle sufrir!)

ENRIQUE. (Necesito tomar una determinacion!)

CLARA. (¡No debo vacilar... Mi dignidad lo exige!)

ENRIQUE. (Ve á su mujer, y trata de dominarse sin conseguirlo.) (¡Ella!... Que no sospeche...)

CLARA. (Sí: lo sabrá... ¡es necesario!)

ENRIQUE. (¡Prudencia!)

CLARA. (¡Resolucion!)

ENRIQUE. (Acercándose á Claar.) ¿Estabas aquí?

CLARA. Ya lo ves... (¡su voz tiembla!)

ENRIQUE. (¡Cualquiera diria que su acento era inseguro!) Tan distraido venía al entrar que no reparé...

CLARA. Pronto habeis dado la vuelta.

ENRIQUE. No hemos salido.

CLARA. ¿Y bien?

ENRIQUE. Nada: un ligerillo dolor de cabeza...

CLARA. (Con cariño.) ¿Estás malo?

ENRIQUE. No, hija; no es nada, absolutamente nada; pero no teniendo verdadera necesidad, no he querido salir.

CLARA. (¡Algo trata de ocultarme!)

ENRIQUE. (¿Cómo alejarla de aquí?)

CLARA. (Intencion). ¿Y Fernando?

ENRIQUE. En el jardin acabo de dejarlo.

CLARA. (Ironía.) ¡Qué buen amigo parece ser!

ENRIQUE. (En tono de reprension.) ¡Clara! (¿Por qué me hace daño esa frase?)

CLARA. ¿Te disgusta que te hable de él?

ENRIQUE. No, no es eso; pero...

CLARA. ¡Ah! Vamos, comprendo; deseas estar solo.

ENRIQUE. ¡No, no lo creas!

CLARA. (Marcando mucho.) ¡Fuera descortesía el dejar solo á Fernando!

ENRIQUE. Mas...

CLARA. ¡Déjame una vez siquiera anticiparme á tus deseos... Adios!

ENRIQUE. ¡Clara!

CLARA. Si te pones peor... llámame.

ENRIQUE. Pero...

CLARA. ¿Me lo prometes, verdad? Adios, adios... (Aquí la dejo... (Deja la carta sobre la mesa.) ¿La leerá? Hágase como Dios quiera, y Él tenga piedad de mí... y de él, que más la necesita!) Adios... (Ni me ha oido... ¿Qué tendrá?)

ESCENA VI.

ENRIQUE, *solo*.

(Despues que ha salido Clara, Enrique se deja caer en un sillon.)

ENRIQUE. ¡Arruinado...! ¡Oh! Paréceme como que despierto de una tenaz pesadilla, y sin embargo, nada más cierto... (Leyendo.) «La casa Carvajal, »Dionisio y compañía, acaba de presentarse en »quiebra, ascendiendo su pasivo á una cantidad »considerable. Espero instrucciones.» (Deja la car-

ta sobre el velador.) He hecho bien en no dar á Clara tan infausta noticia: en su estado era de temer un nuevo infortunio. Pero, ¿qué hacer? ¿cómo remediar?... Lo que me queda no basta á cubrir ni la más pequeña parte de nuestras necesidades... ¡Dios mio! ¡Dios mio! La pobreza, la miseria... yo que habia ofrecido á Clara un porvenir tranquilo, risueño, libre de privaciones... ¡Oh! Culpará mi abandono, me recriminará, huirá tal vez de mi lado... No, imposible: soy tan miserable, que no vacilo en juzgarla por mí mismo! Un corazon desleal se complace en rechazar la nobleza de los demas, como si eso pudiera ser su disculpa! No, ella es buena, honrada, y no puede creerme capaz de haberla engañado... ni puede ni debe creerlo... ¡No debe creerlo!... Pronto he olvidado que no há mucho he cometido con ella el perjurio mayor que puede cometerse. Pero, segun pude comprender, ella lo ignora, y lo ignorará siempre, porque hoy mismo resplandecerá la verdad, madre de la ventura! Por lo pronto, trataré de atenuar lo que quizá sea ya irreparable... ¡Triste condicion la del corazon humano! Atérranle más las desventuras materiales que las desdichas del alma: duélese de un ligero contratiempo, como si éste no le sirviera á atenuar otro quizá irreparable... No perdamos un instante: mañana tal vez sea ya tarde... ¿Dónde

diablos he puesto la carta? (Revolviendo los papeles que habrá sobre el velador.) ¡Ah! Héla aquí: no... no es esta: esta letra es de Clara... ¡Calle! «Para Enrique.» No comprendo... ¿Qué tendrá que decirme que no puede fiarlo sino á la pluma? ¡Oh! ¡Qué vuelco me ha dado el corazon!... ¡Tontería! No hay como conducirse mal para estar siempre intranquilo. En realidad, ¿qué puede decirme?... (Abre la carta.) «Enrique: No habrá escapado á tu »clara imaginacion que es la dignidad el tesoro »que más debe conservar la mujer que sabe »estimarse. Pregunta á tu conciencia si ha »procedido rectamente ahora y ántes de ahora; »si ha cumplido una promesa que nadie tiene »más derecho que yo á ver realizada; por úl»timo, si la felicidad que con tu nombre me »ofrecias ha sido ilusoria, ya que no me atrevo á »darla otro nombre. Fernando, digno hermano »tuyo, ya que no de sangre, de corazon, con una »sola frase me lo ha dicho todo. No me hagas la »injuria de creer que puedo seguir á tu lado. Ya »que me has hecho imprudente, no me hagas in»fame! Adios, y hasta nunca.—Clara.» ¡¡Oh!! La Providencia en todo su poder... el castigo tras la culpa... Soy un miser... no, un ladron, más aún! Robar los bienes del alma, no es robar; es cometer el más inícuo de los crímenes... no es asesinar; es... hacer dudar de Dios! Pero no, no es

posible, ella no lo sabe, no puede saberlo... Hace un momento, al implorar su perdon, le oí extrañar mi súplica... ¡Oh, qué rayo de luz! Sí... Fernando debia saberlo; sus frases de esta mañana debieron hacérmelo comprender, y ese miserable no ha vacilado en decirla... y ella... ella... ¡¡me abandona porque estoy arruinado!! ¡Oh! Necesito que todo el mundo lo sepa, sí, que nadie ignore la perfidia que puede encerrar el corazon de una mujer!... ¡Fernando! ¡Fernando! ¡Clara!

ESCENA VII.

DICHO.—CLARA.—FERNANDO.

FERNANDO. ¿Qué es eso, Enrique? ¿Qué te sucede?

CLARA. (¡Mi carta!... ¡Oh!)

ENRIQUE. ¿La ves?... ¿Pero no la ves como la acosa el remordimiento? ¡Dios es justo!

FERNANDO. Explícate.

ENRIQUE. Esa mujer, á quien he sacrificado libertad, nombre, fortuna; todo, en fin...

FERNANDO. ¿Y bien?

CLARA. (¡Dadme valor, Dios mio!)

ENRIQUE. Me abandona.

FERNANDO. ¿Cómo?

CLARA. (Firmeza,) ¡Sí... le abandono'

FERNANDO. Pero...

ENRIQUE. ¡Me abandona... porque estoy arruinado!

CLARA. (Explosion de sentimiento,) ¿Arruinado? ¡Oh!!

FERNADDO. ¡Já! ¡já! ¡já! Eso te extraña... yo creí que era otra cosa... ¡Inocente!

CLARA. ¡Arruinado! ¡Enrique de mi alma... perdóname!

FERNANDO. Sigue con razon el ejemplo de todas. Sin embargo, yo la protejo, y ¡qué diablos! me gusta más que lady Prestly... ¡Seré tu sucesor!

ENRIQUE. ¡Miserable!

CLARA. ¡Jesus mil veces! (Cae desmayada.)

(Enrique, al escuchar las últimas palabras de Fernando, que son un insulto á su honra, deja de ser el amigo para salvar su decoro de marido, y en un arranque de indignacion dirige á Fernando el apóstrofe con que termina el acto. Clara, arrodillada, extiende sus brazos hácia su esposo, que la rechaza. Fernando, al ver caer desplomada á Clara, intenta socorrerla. Enrique lo impide, y le indica que le siga.)

TELON RÁPIDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Es de noche. Una lámpara alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, *solo.*

(Al levantarse el telon aparece Enrique sentado, y en actitud de escribir. Dice despues de una pequeña pausa.)

¿Dará crédito la esposa de mi corazon á mis últimas palabras? Debo esperarlo. Ella es buena, y creerá cuanto le digo. No pueden ponerse en duda las frases que dicta el remordimiento, porque, como éste, aquellas emanan de la conciencia, y á la conciencia la inspira Dios. El arrepentimiento que nace de la proximidad de la muerte, es el ménos meritorio, pero es el más sincero. Durante la vida, olvídase la humanidad de la muerte; pero ante la muerte recuerda la vida, no para recorrerla loco y descreido como hasta entónces, sino

para borrar con la fe las infinitas huellas del error. Si el sér humano pudiera gozar de una segunda existencia, la redencion seria universal; pero entónces, ¿sería meritorio el arrepentimiento?... ¡Concluyamos! (Escribe.) «He sido culpable, más »que culpable, criminal, y mi crímen no puede »obtener tu perdon mas que en la presencia de »Dios. Él, y nadie más que Él, puede concederme »esa prueba más de su Divinidad: lo que el mundo »me niega, Él me lo concederá.» (Declama.) Risible superioridad la del mundo, si no fuera tan mezquina. Si la superioridad de Dios fuese susceptible de ser realzada, ¿qué mayor impulso pudiera dársele que el producido por el necio orgullo de la aún más necia humanidad!... (Vuelve á escribir.) «Réstame únicamente suplicarte en nom»bre de... del cariño que me has tenido—no pue»do darte un testimonio mio, no me creerías— »que ocultes á nuestro... á tu hijo—no quiero in»famarle ántes de nacer—el crímen de su padre. »Ocúltaselo, y díle sólo que incluya en sus ora»ciones al que fué muy desgraciado... no le digas »criminal... quizá me maldeciria, y la maldicion »de un hijo es el castigo de un crímen imposi»ble... Adios, Clara de mi vida; la muerte es mi »única esperanza. Si la suerte me es contraria, »mejor dicho, benévola, y muero, la infinita cle»mencia de Dios me rehabilitará... Si sobrevivo,

»el eterno remordimiento será mi perdon. Leve »castigo sería el primero; tan leve, como cruento »el segundo. Al preferir aquél, no me guía el »egoismo, me guía tu tranquilidad... ¿Por qué no »habia de ser al contrario? La recompensa es tanto »más grata cuanto mayor es el sacrificio. Sin em»bargo... ¡paciencia! Compadéceme un instante no »más, y olvídame despues. El instante de compa»sion será la luz que me guie ante la presencia »de Dios. Una vez allí, tu olvido será mi castigo... »¡Adios!... ¡Adios!» (Declama.) ¡No puedo más! ¡Ignoraba que la pena pudiera cansar tanto!

(Ríndese al dolor, y apoya la cabeza en los brazos que cruza sobre el velador. Queda traspuesto. A poco rato aparece Fernando.)

ESCENA II.

ENRIQUE.—FERNANDO.

(Fernando se detiene en el foro. Ve á Enrique y se adelanta pausadamente.)

FERNANDO. ¡Ahí está! No sé qué de sobrenatural siento al verle... La escena de ayer.... la conducta de Enrique... la abnegacion de Clara... ¿estaré soñando? ¡No! Esta es su casa: aquí, en esta misma habitacion, hace unas horas no más... pero ¡qué diablos! suya fué la culpa... Siempre le conocí sincero... nunca hipócrita... ¿Será tal vez la hipocre-

sía compañera inseparable de la virtud?... No lo creo; pero si fuera cierto, preferiria no ser virtuoso... ¡Ahí está!... Basta de dudas... (Se acerca á Enrique.) ¡Duerme!... Y me tachaba de despreocupado... Él, culpable; yo, víctima de su error... y la tranquilidad es suya y el sobresalto mio! ¡Risible contraste!... ¿Será miedo quizá? ¡Qué tontería!... ¡Las cuatro! Pronto debe amanecer, y si Clara llega á enterarse... Yo que la prometí... ¡Ah! Concluyamos cuanto ántes. ¡Enrique! ¡Enrique! (Procurando despertarle.)

ENRIQUE. (Reconociendo á Fernando.) ¿Eh? ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Qué quieres?...

FERNANDO. El dia está próximo, y...

ENRIQUE. (Levantándose,) Tienes razon... ¡Vamos!

FERNANDO. (Le detiene.) ¡Espera un momento!... (¿Por qué habré empeñado mi palabra?) Segun veo, ni la realidad, ni tu razon han hecho caer todavía la venda de tus ojos?

ENRIQUE. (Sin comprender á Fernando.) ¿Cómo?

FERNANDO. Insistes aún en un duelo que es irracional, que es insensato?

ENRIQUE. (Con ira.) ¡Fernando!

FERNANDO. Insensato, sí; porque traduces en ofensa una consecuencia natural de tu torpe proceder.

ENRIQUE. No es hora de reconvenciones. Vamos.

FERNANDO. Has de oirme... ¡Insensato, porque te crees ofendido, cuando tú solo has sido el ofensor!

ENRIQUE. ¿Cómo?

FERNANDO. Tu desdichado amor propio creyó poderme engañar, ocultándome lo que ántes de presentarme á Clara debí saber. Su coquetería, que yo, fatuo, ignoraba fuera hija de un deseo necesario para satisfacer su dignidad, me hizo creerte más. Tus indignas reconvenciones, que mi justificado error creyó verdaderas, fueron la causa de lo ocurrido... Pues bien, Enrique, responde... ¿quién ha sido aquí el ofendido, tú ó yo?

ENRIQUE. (¡Se ha propuesto humillarme!)

FERNANDO. ¡Tú que me engañabas, ó yo que te creí!

ENRIQUE. ¡La ofensa no fué á mi directamente... fué á Clara, y el que ofende á Clara me insulta á mí!

FERNANDO. ¿Te insulta á tí?... Pues bien: entónces empieza por satisfacerte á tí propio... Tú la has insultado, la has envilecido; sí, la has envilecido, porque la has colocado al mismo nivel que la más impura cortesana! Mi ofensa fué hija de tu infamia. ¿Quién, respóndeme, la ha ofendido más, tú ó yo?

ENRIQUE. (¡Oh, tiene razon!)

FERNANDO. Comprende, pues, que nuestro duelo es improcedente, es absurdo.

ENRIQUE. (Resolucion.) ¡No! ¡Necesito tu vida, porque quiero perder la mia!

FERNANDO. ¡Estás obcecado! Reflexiona un momento, y...

ENRIQUE. ¡La dignidad no piensa, obra! Y á no ser un cobarde...

FERNANDO. (Reprimiéndose.) ¡Enrique!

ENRIQUE. (Con fuerza.) ¡Cobarde, sí!

FERNANDO. (Fuera de sí.) ¡Cobarde!! ¡Oh! (¡Esta frase me devuelve mi palabra!) ¡Vamos, cuando quieras!

ENRIQUE. ¡Vamos! (¡Y he de partir para siempre sin despedirme de ella?... ¡Oh!) ¡Te sigo! (¡Siquiera el último adios!) (Entra en el cuarto que se supone el de Clara. A poco rato sale de él, y desaparece con Fernando por el foro.)

ESCENA III.

CLARA, *sola.*

(En el instante mismo en que desaparecen de escena Enrique y Fernando, sale Clara, y no viendo á nadie en la habitacion, se acerca al cuarto de su marido. Intenta abrir la puerta; pero cede de su intencion, y vuelve al proscenio en un estado de postracion grande.)

Enrique!... Espera... Ah! No... Nadie! Su cuarto cerrado... Duerme aún... y yo soñaba. Gracias, Dios mio, por haberme enviado un segundo de placer despues de dos siglos de sufrimiento... Qué dia! Qué noche! Rendida de la emocion y de la pena, cuando empezaba á ser vencida por la naturaleza, y mis ojos se habian cerrado, sentí

que un beso de Enrique, beso amante, cariñoso, tierno suspiro de su alma, inundaba la mia de delicias, borrando las huellas del dolor... Sí, porque aún le adoro... Quiero vencerme, y no puedo! Quiero despreciarle, y me desprecio á mi misma: que no hay sér más despreciable que el que ama á quien es indigno de ser amado! Y yo lo comprendo, y no puedo, no sé evitarlo. ¿Por qué la cabeza no ha de dominar al corazon, estando más cerca de Dios?... Pero ¿quién pudiera imaginar?... Ah! Un segundo de infamias basta para borrar veinte años de honradez! Yo le creia noble, digno de mi cariño, y luego... Ah! digno es aún de mi cariño, porque si ayer era santo porque yo le creia honrado, hoy, que aún le quiero, es infame como su conducta! Si yo pudiera acallar mi conciencia; si una divina inspiracion pudiera por mi intermedio volverle al buen camino... á nuestros primeros dias de felicidad... La escena de ayer debió impresionar su corazon; aquel desafio, que debia envilecerle más, no llegará á verificarse. Fernando me lo ha prometido, me lo ha jurado bajo su palabra de honor, y le he creido, porque esos hombres sólo tienen honor para cumplir sus promesas. Para evitarlo me aseguro marcharse, y una vez lejos de aquí, tal vez mi mucho cariño pueda conseguir la rehabilitacion de Enrique... ¿Eh? Me pareció oir... ¿Será?...

No, imposible... Fernando... (En la puerta que da entrada al cuarto de Fernando.) ¡Nadie! La excitacion nerviosa me hizo creer... No sé qué siento... Esta intranquilidad... (Oyese un tiro. Al ruido un grito desgarrador de Clara.) ¡Ay!! Esa detonacion... La he sentido aquí... en el pecho, como si el proyectil me hubiese destrozado el corazon!... Qué puerilidad! siempre alarmada... Fernando me juró marcharse para evitar el lance, y yo no dudo... pero si hubiese sido... (Golpeando la puerta del cuarto de Enrique.) Enrique! Enrique! (Cede la puerta y Clara se precipita dentro.—Sale en el colmo de la afliccion, y dice.) Ah!!! No está!

FERNANDO. Socorro! (La primera voz debe ser ininteligible.)

CLARA. (En el estupor de la desesperacion:) Esa voz... Es la de Enrique, sí... vive!! Enr...

FERNANDO. Socorro!! (Más inteligible que la primera.)

CLARA. (Creyendo reconocer la voz.) Jesus!! (Pausa.) No... (Repuesta y algo más tranquila.) Me habia parecido...

FERNANDO. Socorro!! (Cerca de la habitacion.)

CLARA. Esa voz... sí, es la de... (Intenta dirigirse al foro, y la abandonan las fuerzas.)

FERNANDO. Socorro!! (Clara y distinta la voz de Fernando.)

CLARA. (Explosion de sentimiento.) Es Fernando!!... Fernando... y Enrique...

FERNANDO. (Entrando.) Ah! Clara...

CLARA. Fernando!... Y él... muerto! ¡¡Hijo de mis entrañas!! (Cae desplomada.)

(Los autores fian al talento de la actriz encargada del papel de Clara, la interpretacion de esta escena. Cuantas observaciones pudiéranse hacer serian inútiles dada la difícil situacion del personaje. Inspírese en ella la actriz, abandónese en sus propias fuerzas, en la seguridad de que al hacerlo así, interpretará mejor este momento dramático que lo haria guiada sólo por las observaciones de los autores.)

ESCENA IV.

CLARA.—FERNANDO.

(Socorre á Clara y la trasporta á una silla).

FERNANDO. (Debe expresar el efecto que han producido en él las tristes y diversas emociones por que ha pasado, y muy especialmente el pesar que experimenta ante el dolor de Clara.) ¡Clara! Se ha desmayado... ¿Cómo hacerla volver?... Y Enrique... ¡Primero es ella!... (Reflexivo,) ¡Hijo de mis entrañas! ¡Qué revelacion!... ¡Luego Enrique... no era sólo un hombre, era un padre! Y yo... ¡Miserable!... ¿Y por qué he de tener yo la culpa? ¿Por qué?... Él lo quiso... no fuí yo, fué la fatalidad quien dirigió mi mano... ¡Madre! ¡Hijo!...

CLARA. (Volviendo del desmayo.) ¡Hijo mio!

FERNANDO. (Con dulzura.) ¡Clara!

CLARA. ¿Usted aquí?... ¿Y Enrique?

FERNANDO. Señora...

CLARA. ¡Muerto... asesinado! Sí, asesinado, porque el que mata á un padre es doblemente asesino.

FERNANDO. (Horrorizado.) (¡Oh!)

CLARA. (Con la mayor exaltacion.) ¿Dónde está? ¡Quiero verle! ¡Quiero recoger de su vida el último suspiro de la mia!

FERNANDO. (¡Esto es horrible!)

CLARA. ¡Y calla! ¡No tiene entrañas!

FERNANDO. (Angustia.) ¡Clara!

CLARA. ¡No retrocede ante el crímen, y le acobarda el remordimiento!... ¡No importa!... ¡Mi corazon le hallará! (Adelantandose hácia el foro.)

ENRIQUE. ¡Fernando!

CLARA. (Corriendo al encuentro de Enrique.) ¡Ah!!! ¡Esta sí que es su voz!

FERNANDO. (Con alegría.) (¡Vive!)

ESCENA V.

DICHOS.—ENRIQUE.

(Oprime con la mano izquierda el brazo derecho.)

CLARA. (Abrazándole.) ¡Enrique de mi vida!

ENRIQUE. ¡Clara!

CLARA. (Reparando en la herida.) ¡Herido!

ENRIQUE. No es nada... una ligera rozadura...

FERNANDO. (Con verdadera alegría.) (¡Respiro!)

ENRIQUE. (Calmando á Clara.) ¿Ves?... Ni sangre siquiera.

FERNANDO. (Ahora puedo llamar tranquilo. No debo permanecer un instante más en esta casa.) (Huye de las miradas de Enrique y Clara, y desaparece. Clara y Enrique forman un amoroso grupo.)

ESCENA VI.

CLARA.—ENRIQUE.

ENRIQUE. La fuerza del proyectil me hizo caer, y á la verdad, creí que la herida era mortal; pero ya ves...

CLARA. ¡Ah! No te bastaba lo que hiciste sufrir á la mujer... ¡Era necesario tambien que sufriera la madre!

ENRIQUE. ¡Clara!...

CLARA. ¡La madre, sí! Has jugado á un funesto azar una existencia que no era tuya, una existencia que no sólo me pertenecia á mí, sino tambien á tu hijo.

ENRIQUE. La insolencia de Fernando...

CLARA. ¿De quién fué la culpa sino tuya? ¡De quién sino de aquel que, olvidando juramentos y honor, no vacilaba en arrastrar en su carro de seducciones á la que era su esposa ante Dios y ante los

hombres! ¡Hiciste de Clara una insensata, y como insensata la juzgaste cuando trataba de vindicar su honra, que era tambien la tuya!... ¡Creaste el sér, y como el sér era falso, tuviste que crearle tambien inspiraciones, sin duda para la mejor armonía del cuadro!

ENRIQUE. (¡Dios mio!)

CLARA. ¿Qué habia de suceder? Lo que era natural: tomar como desvergüenza la inspiracion del decoro; creer que yo te abandonaba porque estabas arruinado... ¡Digno pensamiento de tal conciencia! ¡Preocupábate la ruina material, y ni siquiera pensabas en la del alma, cuando era ésta y no aquella la que me hacía huir de tí!

ENRIQUE. ¡Horrible castigo!

CLARA. Pequeño aún al lado de la culpa. Pero ¡ay! el grito de la mujer ahogó el de la madre... la energía de la conciencia apagó el deber del alma. La mujer debia huir de tu lado; la madre no debia privar á su hijo de su padre... y, sin embargo, en esta lucha venció la mujer. ¡Efímero fué su triunfo, pues al saber tu ruina, todo lo sobrepuse al decoro y desistí de mi proyecto!

ENRIQUE. (¡Y yo pude dudar!)

CLARA. ¡Te faltaban los bienes materiales... yo no debia privarte de los del corazon! Ante la ruina todo lo olvidé: ultraje, infamia, desprecio, todo desapareció para dar cabida al perdon de una

culpa cuyo castigo, aunque pequeño, empezabas á sufrir. ¡Y mira qué contraste! La ruina, que para tí es un castigo, para mí es una recompensa... Sí; ella conduce al trabajo, que es el que proporciona la felicidad, y yo, Enrique... ¡yo no era tan feliz como deseaba serlo!

ENRIQUE. ¡Clara de mi alma!

ESCENA VII.

DICHOS.—FERNANDO.

FERNANDO. Señora...

CLARA. Fernando... (¡Le habia olvidado!)

ENRIQUE. (Con desprecio.) (¿Aún aquí?)

FERNANDO. Dentro de breves minutos sale el tren que ha de llevarme á Madrid.

ENRIQUE. (Con satisfaccion.) (¡Se marcha!)

FERNANDO. Antes de partir, necesito dar á usted una explicacion de mi conducta.

CLARA. ¡Despues de lo ocurrido es inútil!

FERNANDO. Sin embargo, señora, mi deber lo exige.

CLARA. (¡Su deber!) Le escucho.

FERNANDO. Una sola vez en mi vida he faltado á mi palabra; para ello ha sido preciso que mis oidos escucharan la palabra cobarde.

ENRIQUE. ¡Fernando!

FERNANDO. Perdon, señora... ¡y adios! Enrique, cuan-

to ha ocurrido ayer, ha sido una angustiosa pesadilla... Acabemos de despertar. Fernando Acuña no ha vuelto á ver á su... á Enrique de Lara. Este ha olvidado á aquel, y ha hecho bien: la amistad que hubo entre ellos — indigna parodia de un afecto puro—no ha existido nunca... ahora mucho ménos: si ántes te perjudicaba, ahora te sería enojosa... Continuaré mi camino... no sé á dónde me conducirá. Donde quiera que sea, mi corazon... no, mi alma, ese intermedio entre el hombre y lo que debe existir superior á él, pronunciará quedo, muy quedo, tan quedo, que ni yo mismo pueda oirlo... «¡Perdon, hermano mio; perdon, Enrique!»

ENRIQUE. ¡Oh!

CLARA. (¡Ah!)

FERNANDO. Tu falta de ayer ha sido grande, muy grande; la mayor que has podido cometer en tu vida; pero estoy seguro, será la última! *La luz de una lámpara lanza al expirar su más intenso brillo...* (1) ¡Adios!

ENRIQUE. Clara... Dios escucha siempre la plegaria del que le ofende... yo soy indigno de tí... pero ten compasion de él!

CLARA. ¡Ah! Sí... Fernando? (Más digno es de lástima que de desprecio!)

---

(1) *Otello*, Shakspeare.

FERNANDO. ¿Señora?

CLARA. (Le falta quien le tienda una mano... yo le tenderé la mia!) Fernando... ¿tiene usted madre?

FERNANDO. (Con amargura.) ¡Ah! No.

CLARA. ¿Creeria usted en la virtud si la tuviera?

FERNANDO. (Dudando.) Yo...

CLARA. Sí, creeria usted, porque su alma se complaceria en ello... Gracias á ella, veria su corazon lo que hoy no puede ver, porque acostumbrado desde mucho tiempo á la ceguedad, necesita un esfuerzo grande para abrir los ojos, y sin embargo, lo desea, lo ambiciona...

FERNANDO. (Resistiéndose.) ¡Clara!

CLARA. Sí, lo ambiciona; porque, como el ciego, ha oido hablar del sol, ha sentido en sus pupilas el vivificante calor de sus rayos, ha comprendido que esa luz es la vida, y quiere vivir, quiere ver. Pues bien, Fernando: de usted solo depende el realizar esa ambicion... un esfuerzo, un esfuerzo más, y usted verá!

FERNANDO. (Con energía.) ¡Imposible!

CLARA. Todo lo que tiende al bien parece imposible, y sin embargo, nada es más fácil. Bata usted las cataratas de su corazon... Al principio, no verá usted bien, el resplandor de los rayos de la verdad ofuscará su vista, la enturbiará; pero luego, cuando vaya usted acostumbrándose á ese resplandor; cuando su conciencia le permita mi-

rarlo frente á frente... entónces, fija la mirada en el cielo, bañados los ojos en lágrimas de la más pura alegría, dará usted gracias á la Providencia!

FERNANDO. (Duda.) ¡A la Providencia!

CLARA. Sí, á la Providencia, que se digna hacerle participe de lo más santo, de lo más sublime de los afectos humanos: del amor á la virtud, del amor á la familia!

FERNANDO. ¡La Providencia!

CLARA. La Providencia, que dió á usted una madre para que respetase y adorase usted en ella... usted debió perder muy jóven á su madre...

FERNANDO. (Sentimiento.) ¡Ah! ¡Sí!

CLARA. Cuando empezaba su corazon á abrirse á los instintos de la vida, faltóle la mano cariñosa que habia de conducirle por el camino del bien: en cambio, encontró fáciles guias por la corriente del mal.

FERNANDO. (Conviccion.) ¡Sí! ¡sí!

CLARA. Y un corazon que pudo ser bueno, llegó á trasformarse en un trozo de carne, duro, seco, insensible... Pero el daño aún tiene remedio: el camino del mal tiene siempre, para el que trata de buscarlos, fáciles senderos que conducen al del bien. Al hombre, nunca le falta un guia... Niño, su madre...

FERNANDO. (Llorando.) ¡Mi madre!... ¡Pobre madre mia!

Clara. Hombre ya, una esposa amante y cariñosa... Pues bien, Fernando, si la mano de su madre no pudo servirle de guia, que el cariño de una esposa... de Ketty quizá...

Fernando. ¡De Ketty! (Fernando siente despertar en su alma el sentimiento del bien, y escucha con interes creciente las palabras de Clara.)

Clara. Sí, de Ketty, cuyo afecto hácia usted debe ser grande, muy grande! De Ketty, á quien usted quiere tambien; sí, usted la quiere tambien, porque por usted, por salvar á usted de la infamia, de la deshonra, no vaciló en sacrificar su honor, y el honor es el único tesoro de la mujer, es su vida, su existencia!

Fernando. (¡Oh! Tiene razon.)

Clara. Usted la quiere, porque usted, cuyo corazon se abre hoy á una nueva vida, comprende que esa pobre niña ha de sufrir mucho al ver que su abnegacion, su sacrificio ha sido estéril; porque usted, que empieza á comprender lo que es cariño, lo que es virtud, lo que es honra... sabe perfectamente que el amor de Ketty es grande, inmenso como su sacrificio, y que usted con su desvío, con su abandono, causará la muerte de ese pobre ángel!

Fernando. (La transicion del carácter de Fernando se determina al pronunciar estos dos nombres.) Clara... Ketty...

CLARA. Su corazon de usted, vírgen aún de ese amor puro y santo, debe encerrar un tesoro inagotable de ternura. Pague usted con ella la abnegacion de Ketty... ¿No es verdad, Fernando, que usted le quiere? ¿No es verdad que su alma de usted ya no duda, ya no vacila en pagar esa deuda cariñosa?

FERNANDO. (Abandonándose al sentimiento.) ¡Ah!... No, Clara, no... Tiene usted razon... ¡Dudar sería una infamia; no pagarla, un crímen! ¡Ah! Un rayo de luz divina hizo surgir un mundo de las tinieblas... Un destello de ese rayo hace que mi alma se ilumine, despues de su largo sueño en las tinieblas del vicio! Gracias, Clara, gracias...

CLARA. (Con íntima satisfaccion.) Fernando...

ENRIQUE. (Mirando embelesado á Clara.) (¡Bendita seas!)

FERNANDO. Dios... sí, Dios, porque la suerte nunca hubiera sido tan generosa, ha querido evitar que un insensato fuera, además, asesino... Ha consentido, además, en que oyera la voz de la verdad. Por primera vez en mi vida le doy gracias; por primera vez en mi vida invoco su nombre para pedir á usted el olvido de lo pasado! Enrique... ¡es un ángel!

ENRIQUE. ¡Ah! Si.

CLARA. Sea usted como él... será desde hoy, y la felicidad le sonreirá siempre.

FERNANDO. Corro á Madrid... Mi primera carta será para ustedes... En ella dirá...

CLARA. «Don Fernando Acuña y doña Ketty...

FERNANDO. Richardson...

CLARA. «Participan á ustedes su efectuado enlace...

FERNANDO. Sí, sí... «Y ofrecen á ustedes su nueva habitacion...

CLARA. Que no sea, por Dios, en un pueblo de la Mancha.

FERNANDO. No, no... suelen ser malsanos, y... Conque, hasta dentro de ocho dias...

CLARA. ¡En Madrid!

ENRIQUE. ¡Sí!

FERNANDO. Adios, Clara; adios, Enrique...

ENRIQUE. Fernando, adios... (Váse Fernando.)

ESCENA ULTIMA.

CLARA.—ENRIQUE.

(Acompaña á Fernando hasta el foro.)

CLARA. ¡Pobrecillo! ¡Al fin... será feliz!

ENRIQUE. (Arrodillándose.) ¿Y yo?

CLARA. ¿De rodillas? No... ¡en mis brazos!

ENRIQUE. Lo de ayer...

CLARA. Fernando lo ha dicho... ¡fué una pesadilla

ENRIQUE. (Con extremada alegría.) ¡Clara!

CLARA. ¡Enrique de mi alma! (Abrazándose.)

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DRAMÁTICAS

PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL DE MEDINA

AMNISTÍA, 12, MADRID.

Coello: Roque Guinart (drama, 3 a. verso)..	8	rs.
— La mujer propia (leyenda dramática)...	12	»
— El príncipe Hamlet (drama, 3 a. v.).....	8	»
R. de la Cruz: 26 sainetes escogidos (3 tomos).....	24	»
Zapata: La corona de abrojos (drama, 3 a. v.)	8	»
Santistéban: Nuestra Señora de Atocha (3 actos, verso).....	8	»
Navarrete: La cesta de la plaza (comedia, 1 acto, verso).....	4	»
Don Fernando el Emplazado (ópera española)	4	»
Medina: No por mucho madrugar (comedia, 1 acto).....	4	»
Coello y Campo: El paño de lágrimas (comedia, 2 actos).....	6	»
Balaguer: Coriolano (tragedia, 1 acto).....	4	»
— La muerte de Neron (tragedia, 1 acto)..	4	»
Fuentes: Un nido de víboras (comedia, 1 a.).	4	»

OBRAS DE SHAKSPEARE.

10 reales cada tomo en toda España.

Otelo.—Mucho ruido para nada.....	1 tomo
Romeo y Julieta.—Como gusteis.....	1 »
El Mercader de Venecia. — Medida por medida.....	1 »
La tempestad.—La noche de Reyes.....	1 »
Hamlet.—Las alegres comadres de Windsor.	1 »